

grito permanente de admiración á su Reina, que las generaciones y los siglos han lanzado con toda su fuerza á los espacios del tiempo para que llegue como un homenaje reverente hasta las plantas de su Señora. Las generaciones de cada tiempo han condensado todo el amor de que eran capaces en una sola frase, y la han incrustado como una nota de vibración interminable, en ese gran cántico secular que está resonando desde el paraíso tal vez, y que resonará en toda su potente armonía hasta los más remotos confines del tiempo. Cada raza, cada lengua, cada época y cada pueblo, han cooperado á su portentosa formación, con la deprecación más profunda y más íntima de su piedad. Por eso alternan en ese gran cántico de la raza humana la vibración del salterio hebraico y de la lira griega, la potente voz de la estirpe romana dominadora del mundo, con la salutación lanzada con acento de huracán por las razas primitivas del Norte; la rogación ardorosa del Oriente con el grito de júbilo proferido á una voz por los pueblos habitantes del Ocaso!

¿Decís que tiene una letanía compuesta

en su loor, y que no es, sin embargo, la Madre de Dios? ¡Insensatos! Venid, Alejandro, conquistador del Oriente; venid antes vosotros, Semíramis y Sesostris; venid, César, vencedor del mundo; venid Sócrates, y Platón, y Cicerón, y Séneca; Orígenes, y Tertuliano, y Agustín; y tú, Bernardo, y tú, Bossuet; y también vosotros los bárbaros, Gengis-Kan Señor de las tribus tártaras, Genserico el vándalo y Atila azote del Señor, venid y decidme: ¿Han compuesto los pueblos alguna letanía en vuestro loor? Yo no entiendo más que de hechos. Decidme categóricamente: ¿por qué sólo tiene letanía la humilde doncella de Nazareth, la Madre desolada del Calvario?

Explicadme todavía más: ¿por qué en la grandiosa Basílica ó en la humilde iglesia de la aldea, cuando va á caer la tarde, y las bujías que elaboran sin mancha las abejas, lanzan sus místicos resplandores; cuando flotan las nubes del incienso de aroma incorruptible y el órgano profiere acentos de grave armonía, ¿por qué si la voz consagrada del sacerdote entona el cántico de los pueblos en honra de María, todas las voces

contestan, y las mujeres dan gemidos, y los niños lloran y los hombres se limpian los ojos? ¿Por qué se erizan al oírlo las carnes de emoción? ¿Por qué se siente que arde la cabeza, que las sienas palpitan y que estalla el corazón? ¿Por qué se cree oír un gran eco de armonía en la bóveda del cielo, como si los ángeles hicieran coro y los querubines los acompañaran con sus salterios de oro? Quiero que me expliquen sobre todo, ¿por qué cuando la letanía se reza parece que otra vez hemos estado en el cielo, y que un recuerdo de allá viene muy suave viene á lamernos la frente? ¿La Virgen María tiene una letanía que se entona en su loor? ¿La tiene? Podéis jurar entonces, sin peligro, que no hay amor tan universal como el suyo sobre la tierra.

¿El amor que á María tenemos es el más hondo y general de la tierra, y sin embargo, no es la Madre de Dios? Si ella no lo es, ¿qué otro amor podríamos profesarle si lo fuera en realidad? ¿Dios, que es la verdad y la bondad mismas, había de permitir que sin serlo realmente amáramos á la Virgen María como si en efecto fuera su sacrosanta Madre? ¿Dios, la verdad y la justicia

por esencia y la perfección absoluta, había de permitir que toda la savia de la parte óptima de sus hijos muy queridos, los hombres, se perdiese por completo, evaporándose en honra de un error! ¿Absurdos y más absurdos! ¿Insensatez y blasfemias!

María, la Virgen Inmaculada, es la Madre de Dios. Consta de toda evidencia que es la madre del Ungido por lo que ella nos ama á nosotros y por lo que nosotros la amamos á ella. En presencia de su amor, más grande que los mares y del nuestro en sí tan pequeño, pero tan grande para ser nuestro, el corazón humano irresistiblemente exclama como los antiguos mártires en presencia del Procónsul y de las bestias feroces: “¡Credo! ¡credo! ¡Creo! Hasta la muerte creo!

Sí, Madre de Dios y Madre nuestra, te creemos y te amamos, y al creerte y al amarte, nuestro espíritu se regocija y saltan de júbilo nuestros huesos, como los del Rey santo. Nuestra alma se llena de alegría al contemplarte en espíritu sobre tu trono radiante, sostenida por ardientes querubines, rebosando en tí la gracia del Señor, reinando en los cielos y en la tierra y es-

tremeciéndose á tu nombre los infiernos; siendo la fuente de la misericordia y la dulzura; la alegría de las legiones angélicas; la palma de los mártires y la Madre de los que aun pelean sobre la tierra el buen combate; la grande esperanza y el impenetrable escudo de los que militan en el mundo y gimen en el valle de las lágrimas.

¡ María, nuestra Madre la del cielo, cómo somos felices con tu felicidad incomparable! Al contemplarte, criatura sin mancha, siendo la eterna delicia del Padre, y el amor del Paráclito, y la Madre del Eterno Verbo; al considerar las cosas tan grandes y maravillosas que ha obrado en tu favor el que es Omnipotente, el júbilo nos estremece y arrebató, y sólo podemos exclamar con tus palabras mismas: “Glorifica nuestra alma al Señor y nuestro espíritu se llena de gozo al contemplar la bondad de Dios nuestro Salvador.”



DISCURSO

pronunciado

EN LA ASAMBLEA GENERAL
DE LA SOCIEDAD CATÓLICA DE MÉXICO
la noche del 8 de Diciembre de 1875.
